

con estas verdades parece llegarse á otra más; la de que los principios de selección y supervivencia producen una estructura que tiende á asegurar el *progreso social* (1).

### § 2.—TIMIDEZ Y MODESTIA

129. Los acompañantes físicos más evidentes de la timidez en el niño han sido indicados por diversos escritores; y uno de los signos de modestia, al menos el más chocante en el joven y en el adulto, el *rubor*, ha sido estudiado con algún detalle por Darwin (2). La siguiente descripción de los fenómenos de timidez, con la insinuación de su sentido filogenético, está tomada de mi anterior obra (3).

«Aparece generalmente (la timidez) en el primer año, mostrándose como un influjo inhibitor de las actividades normales del niño. Sus signos más evidentes son los movimientos nerviosos de los dedos sobre los vestidos, los objetos, las manos, etc., torciendo el cuerpo, inclinando la cabeza, ocultando la cara, los movimientos torpes del tronco y piernas, en casos extremos la congestión de la cara, la contracción de los labios, de los músculos, de los ojos, finalmente, los gritos y el llanto. Se observa, sin embargo, una gran diferencia en estas manifestaciones, según que el niño esté ó no en compañía de una persona familiar. Cuando la madre ó la nodriza están presentes, muchos de los signos de la timidez parecen tener por fin el ocultarse á las miradas de los extraños, refugiándose detrás de los vestidos, delantal ó en los brazos de la persona familiar. En ausencia de tal refugio, el niño frecuentemente cae en un estado de pasividad general ó falta de movimiento, análogo á la especie de parálisis que muchas veces acompaña á un gran terror.

»Esta analogía con los signos físicos del miedo, da una

(1) Cons. Apéndice A, Selección orgánica y Herencia Social.

(2) V. también Mosso, *El miedo*, trad. esp. de R. Rubio.

(3) Baldwin, *Mental Development*, Cap. VI, § 6 (modificado en la 4.<sup>a</sup> edición.)

indicación, á mi modo de ver, del origen específico de la timidez; es probablemente una diferenciación de aquél. No puedo insistir por ahora sobre este punto; pero indicaré tan solo que la timidez es como una especie de útil reacción cuando existe miedo á las personas en vista de las cualidades personales de aquel á quien se teme. La tendencia á ocultarse muestra también el desarrollo paralelo de las relaciones personales íntimas de protección, auxilio, etc., y de este modo nos da indicaciones de la condición de la vida social primitiva.

»Mis observaciones sobre la timidez—por no detenerme en las descripciones hechas por los autores que me han precedido—sirven para mostrar claramente ciertos períodos ó épocas, los cuales pueden caracterizarse brevemente de este modo.

»1. El niño, desde muy pequeño, experimenta lo que puede llamarse timidez «primaria» ú «orgánica», análoga á los estados orgánicos reconocidos claramente como emociones instintivas, tales como el miedo, la cólera, la simpatía, etc. Manifiéstase esto en el primer año y marca la actitud del niño hacia los extraños. En este primer momento no existe la acción inhibitoria; más bien toma los signos propios del miedo, el encogimiento, el llanto, etc.

»La duración de este grado depende mucho del medio social del niño. El paso de la actitud de instintiva antipatía hacia los extraños y de la afección igualmente instintiva hacia los miembros de la familia, á una más razonable diferencia entre los amigos probados y los extraños dudosos, depende directamente del desarrollo del sentido de las relaciones sociales, establecido por la experiencia. Uno de los elementos más importantes del progreso del niño que le hace avanzar en el camino de la vida social orgánica es el grado y variedad de sus relaciones con otros niños y aun con otros adultos que aquellos que ve en su casa.

»2. Encuentro inmediatamente en el niño un período de gran tendencia social, de tolerancia para los extraños y gus-

to con toda clase de personas, lo cual contrasta grandemente con la desconfianza orgánica, manifestada en el anterior período ya indicado. Parece producirse una reacción contra el instinto de propia conservación característica del anterior estado. Esto es debido, según todas las apariencias, á la experiencia que hace el niño de los buenos tratos que recibe de los extraños—mejores en el sentido de una indulgencia mayor que la que ordinariamente recibe en el trato de sus mismos padres. Cada persona sufre una serie de pruebas, que el niño hace desde el primer momento por medio de las enseñanzas de su experiencia propia, así como en los años anteriores, todo el mundo era tratado, por natural tendencia, como un agente de posibles daños.

»3. Finalmente, noto la vuelta de la timidez en el niño á los tres años, ó algo más tarde. Este tiempo es el de la timidez en el verdadero sentido de la palabra, sin mezcla de temor y del todo desembarazada de la fuerza que le compelia á determinadas expresiones orgánicas. El niño tímido de cinco años sonríe en medio de sus vacilaciones, se aproxima al objeto de su curiosidad, evidentemente está más embarazado por su propia presencia, que por la del objeto de su nuevo conocimiento, y se entrega á actos calculados para que se tenga noticia de su presencia.

»Nunca se insistirá bastante sobre la realidad de este grupo de actitudes sociales del niño y sobre el gran contraste que presentan con los del período orgánico. Es uno de los hechos más salientes del progreso de sus relaciones con los elementos del *milieu* social. Hay una especie de propia exhibición, casi de coquetería en la conducta del niño, lo cual demuestra de un modo muy claro mezcla de elementos orgánicos naturales con enseñanzas sociales, sobre el mérito y el demérito personales, que ha de tener en adelante importancia para su vida. De todo esto se sigue un marcado contraste con las manifestaciones de la timidez orgánica que, en mi opinión, constituye una de las fuentes más importantes para el estudio de la evolución del sentido social.

»La observación de la timidez orgánica tiende á confirmarnos en nuestro punto de vista de que el niño comienza á conocer á las personas; y esto nos habilita para avanzar algo más. Por extraño que esto pueda parecer, nos encontramos en presencia de un elemento de «equipo» orgánico, especialmente apto para recibir y responder á estos objetos peculiares: las personas, «proyecciones personales». El niño despliega instintivamente una serie particular de actitudes para las personas, que aparecen entre sus objetos; actitudes que los demás objetos en tanto que objetos no excitan. Y en edad más avanzada, en las manifestaciones orgánicas de la modestia, tales como el rubor, la perplejidad, etc., encontramos signos familiares de una relación social que han nacido en las fibras mismas de nuestros nervios. Podemos decir, por tanto, que el niño nace para ser miembro de la sociedad en el mismo sentido, precisamente, con que nace con ojos y oídos para ver y oír los movimientos y los sonidos del mundo, y con tacto para sentir las cosas del espacio.»

130. Estos hechos, con sus consecuencias, pueden ser considerados como suficientes para el propósito de nuestra descripción. Los principios que parecen revelarnos son: *primero*, que aquellas reacciones, tomadas en conjunto, indican la existencia de condiciones sociales tan atrás en la ascendencia orgánica del niño, que las reacciones que muestran la adaptación á aquel medio, se han incorporado á la estructura nerviosa del niño, hasta el punto de que las funciones son ya instintivas. Es imposible imaginar que el polluelo pueda distinguir la señal de alarma dada por la gallina cuando el halcón vuela por encima, sin que sus antepasados hubiesen experimentado semejantes peligros; del mismo modo, es imposible pensar que el niño mostrase una timidez instintiva ante personas extrañas, sin suponer que sus antepasados hayan sostenido estrechas relaciones de algún género con sus semejantes. Sin duda resta aún por preguntar hasta dónde hay que remontarse en las relaciones sociales de los seres vivos; y si tan solo se encuentran presentes desde que

la especie humana aparece con tendencia á establecer una inteligente cooperación social. Esto depende del género de cooperación social, que las relaciones actuales muestren indicando la timidez del niño. Del examen de estas reacciones depende también la cuestión referente al carácter de las relaciones sociales ancestrales. Dejando aparte detalles de hechos hay, sin embargo, una hipótesis general, que parece justificada por este fenómeno. Tal es: que la timidez orgánica es, como lo indica la cita anterior, una diferenciación del temor animal (1); y que la timidez reflexiva viene solamente después que el niño ha comenzado á tener una noción de su propio yo, lo cual es una reacción de origen antropológico. Según esto, la forma orgánica de las reacciones pertenece á la filogenia animal y la forma reflexiva es un desarrollo ulterior que toca á la filogenia humana; por tanto, las dos clases de recapitulaciones citadas anteriormente, están representadas en el crecimiento de las reacciones de modestia en el niño. Los fenómenos del rubor y otras manifestaciones fisiológicas pertenecen á ambas clases.

131. En pro de esta tesis puedo citar más pruebas:

*Primera*, el curso general del desarrollo del niño. La timidez orgánica aparece en el primer período cuando el niño no tiene facultades reflexivas, ni emociones debidas á ideas, excepto cuando sus sugerencias confirman sus reacciones instintivas. No puede evitar su timidez, ni modificarla. Su desarrollo mental está por debajo del de ciertos animales. Además, los detalles de las reacciones de esta primera clase de timidez, son muy semejantes á los de temor puramente instintivo que aparece entre los animales. Los elementos profundamente orgánicos de estas modificaciones parecen indicar que su origen puede hallarse más lejos, en la serie de an-

(1) Esto hállase confirmado por las interesantes investigaciones de Mosso sobre las modificaciones vaso-motrices en las orejas de un conejo, durante un momento de temor y ligera agitación. Mosso, *El miedo*, trad. de R. Rubio.

tepasados, á medida que lo permitan las indicaciones de otros estudios.

*Segunda*, estas manifestaciones de la timidez orgánica son modificadas tan pronto como el último desarrollo de la propia conciencia origina la modestia reflexiva. Los caracteres propios de estas reacciones y del temor, tienden á desaparecer; y las actitudes del niño vienen á convertirse principalmente en una mezcla de temor, vacilación y afán por exhibirse. Este último elemento que se advierte en la repugnancia del niño á ser desdeñado por los extraños, ofrece un notable contraste con la tendencia á ocultarse del período orgánico. Solamente puede presentarse, según parece, después que el niño ha alcanzado alguna mayor ó menor forma obscura de su propia conciencia. Esto referiría la forma de la reacción de modestia á una época de la raza humana; porque no hay indicios de tal sensación, sino en una forma muy rudimentaria (1), en animales superiores. Las más altas manifestaciones de modestia tienen su única explicación, refiriéndolas á la primitiva sociedad humana, y como nacidas en la adaptación de las primeras actitudes de timidez, heredadas por el hombre primitivo, á las exigencias de una más compleja vida social. Todo ello concuerda con la suposición de que la forma

(1) La existencia de tal sentido usualmente se infiere de estas emociones animales: el orgullo, la envidia, etc. Pero estimándolo así, se ve uno embarazado por la cuestión de saber hasta qué punto son instintivas. En un artículo sobre *Los indicios de la conciencia propia en los animales*, leído en mi Seminario, el Dr. C. W. Hodge, sostenía que debemos reconocer en los perros (por ejemplo), una forma obscura de autosen-timiento. Que un perro pueda sacar algo de su propia vida mental y obrar como si él supiese «dónde le aprieta el zapato al otro», teniendo al mismo tiempo conciencia de sí, se muestra en el siguiente caso, el cual me ha relatado la Sra. Baldwin. Su perro Nerón estaba acostumbrado á escaparse del patio por un agujero situado debajo de la valla. En una ocasión, un perro extraño le visitó y fué encerrado en el patio al cerrarse la puerta. Nerón, que estaba fuera, ayudóle á salir corriendo delante al otro lado de la cerca, ladrando fuertemente y mirando hacia atrás para ver si el otro perro le seguía, hasta que le condujo al agujero por el cual estaba acostumbrado á escaparse.

orgánica de la timidez pertenece á la filogenia animal, donde aparece principalmente como reacción de temor.

*Tercera*, creo que hay signos de timidez orgánica que se encuentran en ciertos animales. La actitud de un perro en presencia de otros extraños, parece justificar esta opinión. Cuando un perro encuentra uno desconocido, muestra una tendencia general á estar alerta; se prepara á huir, pero, sin embargo, no huye; manifiesta un comienzo de psicosis de temor ó de ira, la cual manifiesta por erizársele los pelos del cuello, por encogimiento de su cola, dirigiendo sus orejas hacia adelante en señal de alarma—actitudes todas de propia defensa (1). Junto á todo esto una serie de tentativas y actos de exploración, oliendo, avanzando y retirándose, etc., lo cual es muy semejante á las manifestaciones de timidez del niño. No podemos afirmar que el perro se dé cuenta de lo que el otro piensa de él, porque ello sería hacer del perro un hombre; pero podemos decir que sus acciones son algo equivalentes á esto. Tan pronto como el otro perro se aparece respetuoso y con buenos modos, él se muestra afectuoso y demostrativo. Lo mismo sucede en el niño. Además, los signos de vergüenza que algunos escritores han observado en los animales, deben incluirse en esta clase de reacciones. Tales son la tendencia á huir, el tratar de esconderse, los movimientos desordenados con tendencia á ocultarse, el bajar el cuerpo hacia el suelo y el dirigir miradas furtivas de inquietud. Todos estos fenómenos se presentan también en la primitiva timidez del niño, antes de que el comienzo de la conciencia de sí introduzca el elemento de propia exhibición.

*Cuarta*, hay una clase de manifestaciones de modestia unidas á las relaciones sexuales, que señalan una semejanza analoga á las reacciones del niño. Se comprende el gran papel que esta especie de tolerancia y de consentimiento social ha tenido en la vida animal. La aproximación de la adoles-

(1) Conf. la descripción que Darwin hace de estas actitudes en el perro. *Exp. of the Emotions*.

cencia tiende á prepararse por impulsos hereditarios; y entre las acciones que representan la vida social en general, aquellas que pertenecen á estas relaciones sexuales tienen gran importancia. Ahora, los fenómenos descritos por varios autores como característicos de los animales en sus uniones sexuales, descubren, una vez analizados, notables semejanzas con aquellas indicadas en el niño tímido (1). Lo que esto significa en el desarrollo del niño, es probablemente lo que sigue: las manifestaciones de modestia que son hereditarias en él y que se producen á través de su vida, son en cierto modo las establecidas por las relaciones sexuales en sus primitivas formas, las cuales se reproducirán más tarde en el período de la adolescencia. Es sabido de todos que el fenómeno general de la timidez, en todas sus fases, está claro y terminante en lo que podemos llamar «reserva» en este período de la aproximación de la adolescencia. La fuerza de esta consideración serviría para colocar las bases orgánicas de la timidez y del pudor en una época atrasada de la evolución animal.

Las indicaciones hechas me parecen suficientes para conducirnos á tener por probable que en el joven tímido están representados los dos momentos de la evolución de la raza. El desarrollo ulterior de las reacciones de modestia del individuo nos lleva á la historia de la sociabilidad humana. Comenzaré diciendo algunas palabras acerca de los progresos de la timidez desde el niño hasta el hombre modesto.

132. Desde el punto de vista orgánico, hallamos que las reacciones características de la llamada timidez originan aquella denominada «reserva», á medida que el niño se aproxima á la juventud. La reserva, sin embargo, se predice más de las actitudes mentales y sociales. Sus signos físicos son principalmente: el bajar los ojos, inclinar la cabeza, poner las manos en la espalda, movimientos nerviosos de los dedos, cogiendo los vestidos ó retorciéndose los dedos unos

(1) Véase la descripción detallada de Groos de «Los juegos para enamorar» y el recato (*Sprödigkeit*) de la hembra, especialmente entre los pájaros (*Play of Animals*).

con otros, y el balbucear con alguna incoherencia al expresar sus ideas. A estos determinados caracteres externos de la timidez ó modestia hay que añadir el rubor. Estas manifestaciones físicas parecen ser en general supervivencias de las expresiones corporales más abrumadoras [de la timidez del niño. Son en sumo grado comprimidas por el hábito, que el adulto tiene del imperio sobre sí mismo y no se producen en la trivialidad de las relaciones sociales con extraños, como sucede con el niño. Pero sus caracteres afectan á los mismos miembros y la causa de su manifestación es del mismo género. Es interesante también observar en aquellos adultos cuya reserva es extrema, como sucede á veces, cuán pueriles parecen estos fenómenos á un observador. Algunas señoritas, en particular, parecen ser incapaces de soportar una presentación sin evidentes muestras de lo que llamamos «conciencia propia», haciendo el encuentro embarazoso por una parte y desagradable por otro.

Además, podemos recurrir á una clase de emociones de conciencia, las cuales en personas de un temperamento sensitivo las hace experimentar en sociedad muchas confusiones (1).

Para las gentes así constituidas, las relaciones sociales son, desde un punto de vista orgánico, las más fatigosas y enervantes que se pueden imaginar. Les es imposible mantener las más pequeñas relaciones sociales, tales como el viajar con un conocido, sentarse ó pasear con un amigo, etcétera, sin llegar á un tal estado de excitación nerviosa que, á no ser que ocasionalmente se rompa la relación para estar solo, aun el «sí» y «no» de la conversación viene á ser una tarea fatigosa. Si, no obstante, la situación exige un pensamiento objetivo, el cual no interesa á la relación social, ésta conviértese en un estado alegre y placentero. Las manifesta-

(1) El autor de este libro ha sido él mismo víctima de una sensación social en muchos aspectos, y las siguientes indicaciones pueden ser tomadas en gran parte como su propia experiencia.

ciones más delicadas de la sensibilidad asóciense á la creciente rapidez en los latidos del corazón, una ligera afluencia de sangre á la cabeza, respiración más rápida, tonicidad general del sistema muscular y una contracción especial de los músculos abdominales, yendo de fuera á dentro. Desde el punto de vista mental, esto va acompañado de lo que me atrevo á denominar «sentido de otras personas», el cual suspende todos los procesos mentales. Yo no puedo pensar lo mismo, ni seguir el mismo plan de acción, ni reprimir con eficacia mis músculos, ni concentrar mi atención con igual exactitud, ni en suma, hacer nada bien cuando tengo este sentimiento de la presencia de otros. Pero hay otras funciones particularmente sociales, v. gr.: la facultad de hablar, etc., las cuales se excitan en su más alto grado (1).

133. Aparte aquellas más ocultas modificaciones orgánicas, el único efecto general debido á la presencia de otras personas es el rubor. Las partes del cuerpo en las cuales se muestra este fenómeno, están descritas por Darwin con su exactitud acostumbrada; y es un hecho interesante observar que el rubor propiamente dicho hállase limitado, en su opi-

(1) Al mismo tiempo hay una forma extrema del sentimiento social, cuando los procesos mentales permanecen estrictamente objetivos, subiendo á una especie de exaltación todas las facultades y estimulando al éxito.

El único medio que yo tengo para evitar este penoso gasto de energía y aliviar estos molestos impedimentos, consiste en extender el abdomen hacia afuera por un gran esfuerzo muscular y al mismo tiempo respirar lo más profundamente que puedo. Pero esto no es un proceso normal; la sujeción de los músculos está en cierto grado bajo el mismo influjo social. Después de tal opresión, debe procurarse el reposo en la absoluta soledad. El alivio relativo encontrado al extender los músculos abdominales, es debido probablemente al hecho de permitir bajar las vísceras del cuerpo y relevar al corazón de la presión artificial ejercida por los órganos que le rodean. Además, el crecimiento de los latidos del corazón, que es una parte de la actitud de reserva, exige todo el espacio que se puede obtener. Es, pues, conveniente para la propia defensa que tal persona procure la frialdad é indiferencia sociales. Dos estudios recientes de estos efectos son los de H. Campbell sobre la *Reserva mórbida*. (*Brit. Med. Journal*. Sept. 26, 1896, p. 805) y L. Dugas *La Timidite*.

nión, á las superficies expuestas á las miradas de otros, apareciendo principalmente en la cara y cuello (1). Comienza á aparecer desde la niñez, en el tiempo en que podemos decir con seguridad que el sentido de sí mismo está aún moderadamente desenvuelto. He visto á mi niño H. ruborizarse vivamente á los seis años, pero probablemente puede observarse este fenómeno mucho antes.

El rubor es en general una reacción de modestia, no estando limitado tan sólo á uno ú otro sexo, aunque usualmente es más fuerte y más difícil de reprimir en la mujer que en el hombre (entre los adultos), pero no se debe tan sólo á un caso de modestia. Las esferas en las cuales es más extremado, son aquellas que envuelven manifestaciones varias de la llamada vergüenza, tales como las causadas por la idea de impudor físico que se observa al descubrir partes cubiertas del cuerpo, por la mala inspiración de impurezas en el cuerpo ó en el espíritu, por alusiones más ó menos directas á las relaciones sexuales ó meramente á personas del sexo opuesto y por toda clase de groseras situaciones.

También se manifiesta en el caso de demérito moral, desaprobación ó falta de estima, error cometido, juicios severos, los cuales producen el rubor en el sujeto moralmente juzgado, en cuanto conoce que estos juicios se refieren á él. El juicio desfavorable de otros basta á muchas gentes para ruborizarse, aunque nada justifique esta opinión; y el sentimiento más grande del deber cumplido, no basta para impedir la apariencia de culpa mostrada por el rubor. Esta reacción es, sin embargo, en gran parte transitoria en el desarrollo de los individuos. La falta de sensibilidad corporal parece, en mu-

(1) Mosso, sin embargo, piensa que el rubor esté más extendido y es tan sólo un caso notable de los efectos generales vasomotores (vistos en sus experimentos sobre los animales) que se presentan generalmente en las venas superficiales. Darwin supone que el rubor es debido á la atención de sí mismo (*Exp. of Emotion*, pág. 331 y siguientes), y su discusión de los efectos vasomotores de la atención es todavía una de las mejores.

chos casos, acompañar á la ausencia de sensaciones morales. El oscurecimiento del sentido social en general, que se manifiesta en la decadencia ética por frecuentes violaciones de las exigencias sociales, relajamiento habitual en las actitudes demandadas por las conveniencias físicas ó morales, tienden á hacer menos frecuente é intensas las reacciones del rubor. A menudo vemos hablar de personas que «han olvidado cómo se ruborizan». Por otra parte, el rubor puede crecer más y más á medida que el sentido social se hace más refinado.

Además, es interesante observar que el proceso orgánico del rubor puede seguirse simplemente de lo que se imagina como condenación social ó por una situación de demérito real de la que no hay otro testigo más que uno mismo. La propia condenación puede originar estos resultados orgánicos.

134. Después de esta descripción de los hechos, tanto físicos como mentales, de esas reacciones de modestia, podemos entrar á investigar su construcción posible según la hipótesis evolucionista. ¿Qué luz arrojan sobre las condiciones de la historia de la especie en su período animal ó en su período humano?

En cuanto al significado de esos signos, parece imposible pensar que hayan aparecido en el curso del trato del hombre con el hombre, y más especialmente del hombre con la mujer, característico de la edad pacífica. La supervivencia de los efectos orgánicos de esta clase definida y persistente, debe haber tenido alguna motivación profunda que no ha revelado la historia del trato de unos hombres civilizados con otros.

Si se admite que es correcta la posición adoptada antes—que la timidez es una diferenciación del miedo á las personas, que existe en las más rudas relaciones de familia ó de tribu—y que en la timidez entran también como ingrediente importante las reacciones sexuales, encontramos en estos puntos indicaciones dignas de ulterior desarrollo. Creo que las diferencias entre los efectos orgánicos de la timidez y los de las reacciones superiores de modestia, deben considerarse como